

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

NUEVA PUBLICACION EN ESPAÑA. — UNA ENTREGA CADA DOMINGO.

ENTREGA 7ª.

Es propiedad.

SE SUSCRIBE EN BARCELONA

En la librería de J. VERDAGUER, Rambla frente al Liceo. — SALA hermanos, calle de la Union. — SUBIRANA, plaza de la Constitución. — OLIVERES, calle Ancha y Fustería. — MANERO, frente al teatro Principal, n.º 7. — GINESTA, calle de D. Jaime I. — CERDÀ, plaza del Angel. — GARCIA, calle de la fuente de San Miguel.

MADRID.

Librería de C. MORO, calle Valverde, n.º 28, y CUESTA, calle Mayor; y en las principales librerías del reino.

Toda correspondencia se dirigirá franca á D. ANTONIO FONT y Comp.ª, en la Librería de Joaquín Verdagué, Rambla, n.º 5, Barcelona.

PRECIO.

En BARCELONA, por 4 entregas

llevadas á domicilio 2 rs.

En MADRID, por id. 2 1/2.

En las Provincias, por id. 3 rs.

Cada Entrega suelta 6 cuartos.



Berta, le dijo, toma esta rosa. (Pág. 50, col. 1ª.)

SUMARIO.

NOVELAS: *La Rosa de los Alpes*, por M. FILIBERTO AUDEBRAND. — *El Secreto de Polichinela*, por M. ADRIANO ROBERT. — **VIAJES:** *Diario de una Institutora en Rusia*, por la Señorita MARIA NÉVILLE.

LA ROSA DE LOS ALPES.

POR M. FILIBERTO AUDEBRAND.

I.

En 1830, á fines del otoño, cuando empezaban á amarillear las hojas de los árboles, abandonaba Horacio Muller la ciudad de Munich, su país natal.

—Sabes bastante bien tu arte para vivir, le habia dicho su padre; por consiguiente toma tu maletilla de viaje, y en marcha.

Horacio, que tenia un carácter altivo, no se hizo repetir dos veces aquella orden: á fuer de verdadero pintor de paisajes, cargó con las alforjas, y despues de

haberse despedido de su familia, empezó su viaje por Europa.

No sabiendo á donde ir ni en donde quedarse, porque estaba dominado por aquella inquieta turbacion que se apodera de un pajarillo al dejar por primera vez el nido, unas veces se aprestaba á partir, y otras veces se hallaba indeciso al considerar que despues de haber salvado la frontera del reino y al hallarse en medio de Alemania no le animarian ya ni las caricias de su madre ni las palabras de sus hermanas. Tenia ciertamente fe en su pincel, sabia que no le faltaba talento para emprender, pero no siempre basta con el talento para hacer vivir á un artista. ¿Quién sabe si dentro de poco habia de faltarle el pan cotidiano? Horacio temia las aventuras, lo desconocido, la incertidumbre; pero conociendo que no le convenia permanecer en la casa paterna, procuraba persuadirse á si mismo de que ya era tiempo de ensanchar su horizonte, de ver una naturaleza nueva para él, y de estudiar otros hombres, otro ciclo y un mundo diferente.

En último análisis exclamaba:

—Tiene razon mi padre; es preciso que me marche. Y esto diciendo se puso en marcha.

Detúvose sin embargo el artista en mitad del camino, porque le ocurrió otra resolucion.

—Hase hablado muy mal de Suiza, dijo para sí. Los artistas, mis cofrades, los poetas y los viajeros se han dado la mano para hablar horriblemente de esa antigua Helvecia; han ido publicando que era un país desabrido, una tierra formada de queso y plantada de árboles inmóviles; pero yo iré á Suiza.

Pocos dias despues Horacio Muller entraba en la villa de Emsilden, en el canton de Schwitz.

Agradóle el lugar ya desde el día siguiente, en que hizo una escursión por los alrededores, porque los variados sitios, el torrente, los seculares abetos, los cazadores de gamuzas, todo satisfizo su simpatía.

—¿Cuántos estudios puedo hacer aquí! decía para sí.

Puso en consecuencia manos á la obra é hizo prodigios. Sus croquis y dibujos, que remitía á Alemania, eran recibidos en cambio de buenos florines, y con ellos le bastaba al joven artista para vivir en aquel país primitivo.

—Este invierno lo pasaré en Emsilden, dijo interiormente una mañana de diciembre.

Mas no era únicamente la hermosura de la natura-

teza lo que retenia á Horacio en aquella villa; Berta, la hija de la patrona, habia causado honda impresion en el corazon del jóven.

Berta tenia diez y nueve años; era rubia como su nombre merovingio, con lindos ojos azules, y hasta entonces solo se habia ocupado en dos cosas, á saber, en un clavicordio con que se acompañaba para cantar, y en un telarcito de encaje, con la ayuda del cual ganaba diez kreutzers diarios.

Viola Horacio Muller, le manifestó deseos de adorarla, y desde entonces la dulce y frágil niña no vió en el mundo mas que á su artista.

Un día, de vuelta de una de sus escursiones por la montaña, el artista habia llevado consigo una de esas rosas de los Alpes que florecen en la cima de los montes y en medio de las nieves perpétuas.

—Berta, le dijo, toma esta rosa; te la doy junto con mi palabra de no casarme con nadie sino contigo.

Habíase afanado la jóven en aceptar aquella flor preciosa, que guardó en un jarro de cristal de Bohemia; despues, cuando las hojas secas y ajadas por el tiempo se habian marchitado, las recogió como una reliquia dentro de una cruz de oro hueca que llevaba siempre pendiente del cuello.

—Jamás se apartará de mí la rosa de los Alpes, repetía sin cesar.

II.

La misma felicidad acarrea pronto el tedio, ha escrito un poeta alemán, y cada dia vemos algo que nos demuestra la triste realidad de este aserto.

Al principiar de nuevo la buena estacion, cuando la violeta de abril, semejante á una amatista, esmaltaba la verde yerba de la pradera, Horacio Muller se paseaba en ademan meditabundo por las inmediaciones de Emsilden.

—Un artista inspirado por grandes pensamientos no puede confinarse para siempre en una misma comarca, decia Horacio para sí. Ciertamente es que aquí, en medio de la villa, hay un techo amigo en cuyo hogar me siento muy bien, y que en una ventana de esta hospitalaria casa es donde veo el rostro reflexivo y amante de mi dulce Berta. Todo esto es encantador, á la verdad, pero tambien el arte ha atizado en mi pecho una pasion ardiente; conozco que me es indispensable ir á estudiar un poco mas lejos: despues de una breve ausencia volveré, pues si permaneciese aquí por mas tiempo, este paraíso terrestre de Emsilden se trocaria para mí en una cárcel insostenible.

El dia siguiente, cuando la jóven estaba cantando acompañada del clave, se le acercó Horacio y le dijo:

—Mi querida Berta, no os pongais triste por lo que voy á decir. Tengo que dejar á Emsilden por algun tiempo: voy á partir para un viaje de seis meses.

Palideció Berta repentinamente; por sus mejillas se deslizaron dos lágrimas que brotaron de sus hermosos ojos azules.

—¿Vais á marcharos, Horacio, y para seis meses! Pero cómo dejais tan súbitamente este país que se habia convertido en vuestra patria adoptiva?

—Es que lo exige el interés de nuestro comun porvenir, mi querida Berta. Es preciso que estudie, y que despues de haber estudiado trabajo en adquirir un nombre.

—Nadie ignora que teneis talento, Horacio; ¿no podríais pues adquirir en Emsilden esa reputacion?

—No, querida niña: únicamente en Francia, solo en París se puede lograr la reputacion que deseo, contestó el pintor.

—Marchad, pues á Francia, Horacio; id á París, ya que allí os atrae una fuerza irresistible; pero ¿me prometéis no olvidar á esta humilde villa ni á sus moradores en los seis meses que dure vuestra ausencia?

—¿Olvidarlos! ¡Jamás! contestó el artista.

Era entonces á fines del mes de abril; adelantábase ya el día de mayo sonriendo con su verdor y sus flores.

El jóven realizó pronto su proyecto: el dia siguiente salia de la villa con su bagaje á cuestas y su baston de

viaje en la mano. Y en pos de él iba Berta llorosa y pensativa.

Despues de haber trepado por varios senderos de la montaña, alcanzaron la cumbre de un pico que descubria á la vista el mas bello espectáculo de una naturaleza matutina; mas en aquel momento ambos parecian insensibles á aquella magnífica perspectiva.

Allí fué, sin embargo, donde rompieron el triste silencio que habian guardado hasta entonces. El artista abrazó á su prometida y le dijo:

—Consuélate, Berta, solo me alejo por un tiempo determinado; no tardaré en volver, y entonces será para no volver á separarnos.

La jóven le estrechó en sus brazos, y despues de no pocos esfuerzos para dominar el dolor que le anudaba la voz en la garganta, le dijo:

—¿Es verdad que volveréis pronto, Horacio? Quiera Dios oiros, porque una ausencia muy larga me causaria la muerte.

—Allí es, añadió el pintor señalando con su baston el pico del monte, allí es donde cogí para tí, á través de la nieve, la rosa de los Alpes que te regalé el otro día.

Berta desprendió su cruz de oro de una cinta de terciopelo negro que llevaba al cuello, y le dijo al dársela:

—Alguna vez la mirarás; dentro de ella está la rosa, ella te hablará por mí.

Volvieron á abrazarse, y Horacio, á su vez, dominando difícilmente su emocion se puso á bajar la pendiente de la montaña.

—¿De aquí á seis meses! exclamó con una voz sofocada por los sollozos.

—Adios, ¡adios! dentro de seis meses! repitió Berta procurando seguirle con la vista.

III.

Quince dias habian trascurrido apenas desde la partida de Horacio Muller, cuando entregaron una carta á la madre de Berta.

La misiva se hallaba concebida en los siguientes términos:

«He aquí que ya estoy en París, mi querida Berta. ¡Qué ciudad! Es á un mismo tiempo el infierno y el paraíso: el aire que en ella se respira vivifica ó mata, segun el viajero es fuerte ó débil. He medido mis fuerzas y temo no poder vivir en ella: pronto me tendreis otra vez con vosotros.

«Heme instalado, por de pronto, en una guardilla: así principian todos los pobres, y nada hay en esto de malo. Sin embargo es preciso vivir, y solo puede lograrse con un trabajo asiduo y constante. Hanme encargado mil trabajos repugnantes, tales como imágenes para los exvotos populares, florones para las facturas de los tenderos, y rótulos emblemáticos para sus establecimientos.

«El hambre arroja al lobo de su cueva, dice un refrán; no es pues extraño que me haya hecho olvidar el sagrado pudor de mi arte. Lo he aceptado para vivir, —sí, para comer pan y salechichon, como tantos otros talentos distinguidos y cuerpos delicados.

«¡Ah! ¡cuanto me arrepiento ahora de haber abandonado momentáneamente el canton de Schwitz con su torrente, sus árboles, sus gamos y su magnífica montaña!

«Berta, mi amada prometida, no tardaré en llevarle la cruz de oro en que encerraste la rosa de los Alpes.

«Horacio.»

A la lectura de esta carta tan inesperada, Berta se echó de nuevo á llorar, pero esta vez era de felicidad.

—Pronto va á volver, se decia interiormente.

El verano brillaba con todo el esplendor de su majestuosa pompa: cada mañana, cuando la blanca aurora iba á mecer suavemente el follaje de los árboles que rodean á la villa de Emsilden, Berta se vestia sin ruido para no interrumpir el sueño de su madre, y salvaba con la ligereza de una corza el espacio que la separaba del sitio en que se habia despedido de ella el artista. Al llegar allí se quitaba su ligero sombrero de

paja, y sus miradas no se apartaban de los varios caminos por donde habia pasado su amante.

—Por aquí volverá Horacio, decia para sí, y volverá pronto, dentro de pocos dias, mañana tal vez....

Al cabo de un mes recibió otra carta fechada en París: y cuyo contenido era como sigue:

«No, no permaneceré mucho tiempo en este inhospitalario país. Ha venido á mi guardilla un judío viejo, llamado Samuel Briggs, y viéndome pobre me ha comprado mis dibujos. —¿Cuánto queréis por ellos? me ha preguntado. —Trescientos francos. —Hásemelos echado á reir. —Tomad, ha añadido, ahí teneis treinta francos que os doy por ellos, y si no sois tonto, os apresurad á aceptar, porque aun podria desdecirme. —Ha tomado los dibujos y se ha marchado diciendo: Acabais de hacer muy buen negocio: yo soy quien haré vuestra reputacion.

«Berta, este hombre y este negocio me han lastimado: necesito ir á respirar el aire puro de los Alpes.

«Horacio.»

Tres dias despues otra carta por parte del artista.

«Tenia razon el pícaro del judío; ha ido diciendo por todas partes que yo tenia talento: hanse estudiado mis dibujos, y ahora soy buscado: he aquí que me han encargado un cuadro de mil francos.

«Quédome pues, aunque provisionalmente.... Hasta luego, mi querida Berta.

«Horacio.»

A los ocho dias escribióle el jóven otra carta en que todo variaba de aspecto.

«Ah! Berta, hasta ahora no habia hecho mas que calumniar á París. ¡Qué ciudad tan hermosa! ¡Qué nobles corazones encierra! Es el único punto del mundo en que se comprende verdaderamente el arte; todos se dirigen á mí: á mi aspecto se abren todas las cartas, todos quieren tener algo mio. En la actualidad vivo en una hermosa casa de un barrio magnífico llamado la Calzada de Antin.

«Berta, mi querida Berta, con la presente te envío otra cruz de oro, adornada con brillantes.

«Horacio.»

Al recibir aquel regalo, Berta temblaba como una hoja de otoño.

—Va á olvidarme sin duda, decia la pobre jóven.

Fueron continuando las cartas, y por ellas se supo que Horacio se habia hecho decididamente un artista de moda y que por consiguiente trataba de prolongar su permanencia en Francia.

Berta se iba poniendo de cada vez mas triste y pensativa, hasta que un dia se notó en sus facciones la mas viva inquietud.

—Ya han trascurrido los seis meses, decia, ya debiera estar de vuelta. ¿Qué le detiene?

¡Pobre niña! He aquí que de repente cruza por su imaginacion una espantosa idea.

—¿Habrá hallado en el mundo otra mujer á quien ama, y me ha olvidado!

Es general en las mujeres el secreto instinto que les hace ver á París como una ciudad mas poblada de sirenas que la antigua Sicilia. Y en efecto, ¿cuántos encantos no hace flotar la gran ciudad sobre un jóven, un artista coronado con la aureola de una gloria naciente! Las fiestas, los bailes, los teatros y los saraos son otras tantas islas encantadas, en que Circe cambia mil veces de forma para embriagar á las imaginations jóvenes con el ausilio de sus filtros. Todos los hombres ilustres de la generacion contemporánea han pasado, poco ó mucho, bajo esta influencia y se han detenido en la misma; pero cuando han querido desviarse de ella han echado de ver que carecian ya de vigor y de genio.

Desde aquel dia Berta ya no lloró; pero el dolor dejaba profunda huella en sus mejillas: sus labios se volvian lívidos, y sus hermosos ojos azules se iban apagando.

Berta, la linda jóven de la montaña, murió una noche del mes de octubre.

—Solo una cosa tengo que pedir, habia dicho antes

de exhalar el postrer suspiro, que se plante un rosál de los Alpes junto á la huesa donde yo descanse.

IV.

¿Qué se había hecho, entretanto, Horacio Muller, el pintor? ¡Infeliz! La Fama, tan veleidosa como la Fortuna, le había cogido un día en brazos tratándole como á su hijo mimado. El artista era obsequiado de todos, pero la sencillez de su corazón se desvanecía. Veía llover en torno de sí en su taller, el oro, las cintas honoríficas, los elogios de los periódicos y las sonrisas de las mujeres, pero la embriaguez del triunfo arruina mas aprisa y mas fácilmente que el lento suplicio de una perpétua oscuridad: el pobre artista se sentía arrebatado por una vejez prematura.

—¡Oh! ¡mis nevados Alpes! ¿cuándo podré volveros á ver? exclamaba continuamente.

Mas volvamos á Berta.

El cuerpo de la desgraciada niña fué enterrado en el cementerio de la Virgen, situado á poca distancia de la villa de Einselden.

Para reconocer el lugar en que dormía Berta y poder llorar todos los días sobre su sepultura, la madre de la joven había colocado allí una cruz de madera, pintada de negro, y plantado unos tilos y un rosál.

Al principio del invierno presentóse á la entrada de la habitación de la pobre niña un forastero con el rostro pálido y demacrado.

—¡Es Horacio! exclamó la madre bañando en lágrimas el telar de encaje de su hija.

—¡Berta! ¿donde está Berta? preguntó con inquietud el artista.

La madre levantó al cielo sus ojos; mas al momento, tomando del brazo á Horacio, lo condujo, sin pronunciar una palabra, al cementerio de la Virgen.

—¡Aquí duerme Berta!!

Horacio ocultó su rostro entre sus manos, y cayó de rodillas.

En aquel momento empezó á deshojarse poco á poco una rosa de los Alpes que había florecido encima de la fúnebre huesa.

EL SECRETO DE POLICHINELA.

POR M. ADRIANO ROBERT.

PRIMERA PARTE.

Zafiro.

—¡A la salud de nuestra hermosa huésped, la marquesa Lucrecia Alberti! exclamó Bustamante alzando su copa.

—¡A la salud de la musa cuyas miradas hacen vibrar las cuerdas de mi bandolina y de mi corazón! repuso á su vez el poeta Mandola.

—¡Cómo! Y vos, Panfilio, dijo la marquesa levantando indolentemente la cabeza entre los cojines de seda en que la apoyaba, ¿no hallaréis una palabra siquiera de galantería que dirigirme?

—Perdonad, señora, dijo este último presentando su puño á un magnífico papagayo azul y amarillo que se posó en él al momento; perdonad, señora mía. Y dirigiéndose al papagayo añadió: tú que para nada cuentas los años, futuro centenario, no olvides jamás el dulce nombre de Lucrecia, para transmitirlo á las generaciones venideras.

—¡Lucrecia! ¡Lucrecia! chilló el papagayo con acento gutural.

El fragmento de conversacion que acabamos de bosquejar tenia lugar á las puertas de Florencia, bajo la verde parra del terrado de la quinta Alberti, en 19 de julio del año de desgracia 1720 (en que la peste asoló la Italia).

No sin razon acabo de consignar este pedantesco parentesis; la peste me lleva como por la mano al De-

cameron de Boccacio, que fué puesto en escena como se realizó esta novela.

Veíanse tapices de Esmirna estendidos por las gradas de mármol blanco, copas de oro, ánforas en que derramaban su ardor y sus perfumes los vinos de la Romandiola, un enorme galgo de color pardo cuyo hocico está apoyado entre sus patas y que sostenía un bandolin de ásperos sonidos que penetraban como una sierra en los nervios de una lady rubia y vaporosa.

Había diseminadas en varios puntos algunas flores que parecían otras tantas perlas aromáticas y luminosas, y aparecía muellemente reclinada como la Venus del Albano, en aquel marco de aire, de luz y de púrpura, una joven alta y hermosa, de nevada tez y cabellera rubia, pero del rubio de carmin y de oro cuyo secreto han ocultado los maestros de Italia. Tal era la moderna Mesalina, enervada por el deseo, que al parecer seguía con ávidos ojos en un espejismo fantástico las amorosas asechanzas de las lesbianas.

En frente de aquel retrato, cuya vista hubiera apasionado perdidamente al mas placentero corregidor de Amberes, había los tres personajes que, segun hemos visto, estaban bebiendo en casa de la encantadora: Bustamante, Panfilio y Mandola, tres encarnaciones ó tipos inmortales.

Bustamante, barrigudo, rubicundo y familiarizado con toda clase de vinos como sir John Falstaff;

Panfilio, suspicaz, jactancioso y cobarde como el capitán Fracaso de Goldoni;

Por último Mandola, el poeta Mandola, una elegía con medias de color de toronja, con cintas de color de trinitaria y con un alma empapada en el rocío matutino y metida en un cuerpo de ruiseñor; Mandola, que respiraba en un frasco de rayos líquidos de luna y escribía con una pluma de tórtola en hojas de rosa.

Vamos ahora á animar el pastel. ¿Qué sacaría, queridos lectores, con una esposicion en forma de prólogo? Mas vale reservar para los mismos personajes la satisfacción de manifestarnos su carácter.

—Vamos, dijo la marquesa; mucho me gusta que el tiempo no aparezca aquí demasiado largo, pues en verdad no podía yo contar con tres amantes tan obsequiosos.

—He aquí un marqués, dijo Mandola por lo bajo, que hace dos años que está remando en las galeras turcas del Adriático.

—Sin haber tenido ocasion de darnos cuenta de su paradero, repuso Lucrecia aparentando la mayor indiferencia.

—¡Diablo! exclamó Panfilio entre dientes, ¿será que haya caído en poder de los infieles?

—¿O que venda dátiles secos en el mercado de Pera? dijo igualmente por lo bajo Bustamante con voz avinada.

—¡Qué elasco si ahora se presentara el bueno de ese marqués sin prevenirnos! exclamó Mandola con inquietud. Dicen que es muy zeloso, y si nos viera á todos aquí....

—Establecidos en su propia casa, añadió Bustamante.

—De mí sé decir, interrumpió Panfilio, que si mi presencia en este sitio....

Acababa de levantarse Lucrecia, y acercándose lentamente á Panfilio le dijo:

—Escuchad: ayer en Florencia me dieron noticias del capitán Beccafumi.

—¡Oiga! exclamó atemorizado Panfilio.

—Sí, y él mismo me suplicó que le suministrara algunos pormenores sobre cierto bofetón....

—Ya sé, ya sé, ya sé.

—Que dió á un tal capitán Panfilio, sin que este le correspondiera con otro.

Y volviéndose de repente á Bustamante, que se empeñaba en contemplar su imagen en el fondo de una copa vacía, Lucrecia soltó las siguientes palabras:

—Querido Bustamante, me olvidaba deciros que el vino de Siracusa está clamando á voz en grito contra vos; el harigel tiene en su poder algun cré-

dito de espumoso falerno, que acaso pudiera sujetaros seis meses al régimen del agua clara.

—¡Vive Dios! exclamó el embriagado Bustamante, mientras le flaqueaban las piernas á la amenaza de aquel tratamiento hidropático.

Entretanto Mandola estaba rascando la cabeza del papagayo aparentando serenidad; pero la marquesa dijo de repente en alta voz y tono alegre:

—Querido Mandola ¿estais acaso muy empeñado en que se represente en el teatro Pasquarello vuestra comedia del *Hilo de Ariadna*?

—¡Si estoy muy empeñado! Marquesa ¿qué estais diciendo? exclamó el poeta con entusiasmo ¿ignorais acaso que el *Hilo de Ariadna* es el hijo de mi vida, y que sino se le representa voy á morir de pena?

—Y de poesia estéril, añadió la marquesa, por que la cabeza se pierde, y yo tengo para mí que os conviene soltar algunos alejandrinos. Vamos, continuó Lucrecia examinando en sus hermosos dedos un bolón de rosa que acababa de recoger: ahora que estais instruidos completamente en orden á toda clase de temores quiméricos, espero que no pensareis en abandonarme, mayormente por la sorpresa que os he preparado para esta noche.

—¡Calle! dijo Bustamante, una cena tal vez....

—Una doble sorpresa, dijo la marquesa con toda la suavidad posible, una diversion que acaso os proporcione la ocasion que estais deseando desde tanto tiempo para manifestarme vuestro cariño.

—Venga la sorpresa, dijo Panfilio suspirando.

—Hablad, hablad, marquesa, exclamaron en coro los tres florentinos.

—Ya diré mas adelante lo que de vosotros espero.

—Decidme, exclamó Lucrecia apoyándose en la balaustrada de la azotea ¿conocéis acaso al nuevo Polichinela de Florencia?

—Zafiro.

—Ese joven pintor que al morir el célebre Pulcinello Frascator tomó la máscara de su tio para eriar á las dos niñas que habia dejado este en la mas profunda miseria.

—¡Pobre Frascator! dijo suspirando para sí Bustamante, era el bebedor mas intrépido que he conocido en mi vida.

—Es verdad, mi querido Mandola. Esta noche juzgareis del talento del señor Zafiro, porque nos dará una representacion.

—¿Con sus dos primas? preguntó Bustamante arreglándose las vueltas de la manga de la camisa.

—Candida y Fiamma, replicó Lucrecia con ligera indiferencia.

Y una falsa sonrisa asomó en este punto al rostro de Panfilio, que exclamó diciendo:

—¡Pues es muy divertido ese farsante de Polichinela-Ótelo! Ya sabeis lo que de él se dice ¿no es verdad?

—No, respondió Bustamante en tono de sinceridad, pero ya que os empeñais en que se dice algo, apuesto un almuerzo que es una barbaridad.

—Hablad, Panfilio.

—A lo que parece, dijo este observando á la marquesa, Zafiro, que, como ya sabeis, ostenta una belleza casi femenina, ha concitado las mas terribles pasiones en el ánimo del pueblo y de la nobleza de Florencia.

—¡Toma! exclamó la marquesa palideciendo.

—Pasiones inútiles, como que Zafiro anda perdidamente enamorado de su hermosa prima Fiamma. El pobre diablo, que demasiado sabe que la hermosa no le corresponde, oculta su amor en lo mas profundo de su corazón; mas apesar suyo se revelan sus zelos, y no hay nadie en Florencia que ignore el secreto de Polichinela.

—Y ¿estais seguro de que Fiamma no le quiere? preguntó Lucrecia fijando una inquieta mirada en el semblante de Panfilio.

—Muy seguro, señora marquesa. La picaron ando enamorada de un tal Dominico, un amable sacripante que no pudiendo obtener su mano ha sentado plaza en el ejército.

—Se conoce, dijo Lucrecia, que estais en los ápices.



Perdonad, caballero, porque primeramente he de beber á la salud de los turcos. (Pág. 53, col. 2ª.)

— ¡Oh! A mí no me faltan nunca pormenores que contar, añadió modestamente Panfilio, porque cuando no sé una historia la invento.

— Y pues somos tan frágiles, dijo Bustamante, resulta que con decir siempre mucho mal no dejan de decirse algunas verdades.

La marquesa hizo que reflexionaba por algunos momentos, y concluyó diciendo:

— Escuchad, señores. Aquí llevamos una existencia muy monótona, y he resuelto modificarla enteramente. No es Zafiro el único que tenga el privilegio de hacer comedias, y ya comprendereis (y esto diciendo Lucrecia echó al concurso una mirada de Semiramis, cual para condenar á las minas á los cautivos etíopes) que yo deseo que esta noche se dé una representación, una improvisación, si así quereis llamarla, en un libreto que yo he compuesto.

— Pero nosotros, dijo tímidamente Mandola, no sabemos el papel que acaso nos corresponda.

— Si señor: todos le sabéis á las mil maravillas. Tendrais acaso dificultad en declamar á una niña la declaración amorosa de vuestro Teseo del *Hilo de Ariadna*? Y entretanto Bustamante podría desempeñar la parte de ese tutor feroz, mientras Panfilio hiciese alarde de su espiche para que el tutor no cometiera la imprudencia de considerar como un acontecimiento trágico el rapto de su prima.

— ¡Oiga! exclamó atemorizado Panfilio.

— Vamos, no hay que reparar en repulgos de empanada, amigos míos. Aquí teneis en dos palabras el tema que debe ejercitar esta noche vuestra imaginación y fantasía. Ahora me marchó, porque tengo que dar algunas instrucciones para el teatro que se está improvisando en mi galería. Aprovechad el tiempo en el estudio.

Y después de un saludo ceremonioso, la marquesa se retiró á sus aposentos.

II.

Los tres compañeros quedaron de pronto como aterrados por la admiración.

— Dejemos que lean en el espejo de mi alma, dijo el poeta para sí.

— Sin duda va á fastidiarse mi viña de Caraccio-

li: no hay que disimular mucho con ellos, dijo también para sí Bustamante después de maduras reflexiones.

— Entremos francamente en materia, dijo Panfilio acariciando el cinturón de su espada.

Levantáronse los tres florentinos á la vez, y Panfilio rompió el silencio diciendo:

— Decidme, Mandola, me parece que sois muy aficionado á la villa Alberti.

— ¡Qué disparate! Precisamente es el sitio que mas me fastidia y que me marchita como una rosa de otoño..... Sin duda me confundís con Bustamante.

— ¡Yo! exclamó el bebedor, es la villa que mas me seca y consume.

— Sin embargo, replicó Mandola con voz tierna, si continuais rociando la garganta como la rociais, mala landre me mate si tardais mucho en rellorcer.

— El pimpollo es muy bueno, pero la tierra no vale un ardite, objetó Bustamante llenando una copa.

— ¿Sabéis, Bustamante, que sois muy buen mozo? dijo Panfilio con admiración.

— ¡Es decir, que estoy magnífico! exclamó el borracho enderezándose. Pues esta es precisamente una de las causas del fastidio que me mata. En Florencia tengo una viuda altamente consoladora y apetecible, blanca de cutis y de dientes, negra de cabellos y de ojos, rolliza de espaldas y de...

— Cuidado, Bustamante, interrumpió el poeta poniéndose colorado como un tomate.

— Con que quereis mucho á la viuda, preguntó Panfilio.

— Como un sello verde ó un ramo largo, pero ¿porqué me lo preguntais?

— Porque Mandola y yo creíamos que á la marquesa le parecería mas llevadera la ausencia si tuviera á su lado un solo amante.

— Que fuera buen mozo, atento y fino como vos.

— ¿De veras?

— ¡Pues no!

— Siendo así, me complazco en ser del mismo parecer... mas habiendo dicho en confianza á la

señora Lucrecia que en mi primera juventud habia cantado en la capilla Sixtina...

— ¡Calle! exclamaron estupefactos Panfilio y Mandola, pero ¿y vuestra viuda?

— ¡Mi viuda! Mi viuda canta de soprano lo mismo que yo. Panfilio, sin faltar á la modestia debo deciros que sois tan buen mozo como yo, y que además sois tan valiente como la pólvora. Ya sabéis que las mujeres se desviven por los valientes, como Venus...

— La marquesa no puede tolerar mi presencia.

— En compañía de nosotros puede que no, insistió diciendo Bustamante con una sonrisa sardónica.

— Bien está, replicó Panfilio, quiero suponer que la mas hermosa mitad del género humano sea accesible á las gloriosas proezas de los caballeros, pero tambien es cierto que mas partido alcanzan entre las buenas mozas los trovadores y los poetas.

— ¡Qué disparate! señor Panfilio, exclamó Mandola con notable volubilidad.

— Eso quiere decir que miento, dijo el maton en voz al parecer amenazadora.

— No por cierto, vive Dios.

— Calma, señores, repuso Bustamante interponiéndose: nos habiamos prometido proceder con entera franqueza.

— Es verdad.

— Pues bien: si cada uno de nosotros tres mintiera un poco, tal vez podríamos averiguar el verdadero carácter de nuestra situación.

— En este caso mentid pronto, Bustamante.

— Por ciertas razones secretas, enlazadas con motivos ocultos, me he visto forzado á permanecer en la villa Alberti todo el tiempo que á nuestra interesante huésped le cumpla.

— Mi historia es la vuestra, ni mas ni menos, querido Bustamante, dijo Mandola con aire de desaliento.

— No quiero que os ocupeis en parafrasear una declamación del todo semejante, dijo en voz baja el capitán jugueteando con los pies. ¡Qué bruto es ese Bustamante! — ¡Excantor de la capilla Sixtina! Eso le faltaba por cierto para hacerse mas ridículo.



Vista del Kremlin en Moscou. (Pág. 36, col. 2ª.)

— Ese valenton de Panfilio debe de tener pendiente algún crédito de garrotazos, dijo por lo bajo Bustamante paseando por la azotea á pasos largos.

Mandola entretanto sacó del bolsillo un grupo manuscrito, exhaló un suspiro, y empezó á declamar con admirable suavidad y resignación los siguientes versos que dirigía su *Ariadna á Teseo* tomando por testigo al célebre ovillo:

Sí, firme vencedor del laberinto,
Madeja preciosa é inestimable;
Testigo será siempre donde quiera
Tu peregrino y salvador bramante.
Jamás Vulcano tan estrechas redes
Sacó de sus talleres infernales
Como los brazos fieles que á Teseo
Estiendo con amor para abrazarle.

Resonó en este momento en el camino una voz enérgica y varonil al mismo pie de la azotea echando al viento esta canción de taberna:

Yo soy el gran capitán
Artaban:
Conquisté la Bactriana,
La Sogdiana,
Estocolmo, Magdeburgo
Y Altemburgo etc.

— ¡Hola! ¿que es esto? exclamó Panfilio.

— Un soldado que pasa, dijo Mandola, que acababa de asomarse á la balaustrada.

— Con el calor que hace y con la fuerza con que canta, no le arriendo la ganancia. Tal vez sería prudente convidarle...

— ¡Escelente idea! replicó Panfilio: en cambio nos contará sus aventuras.

— Y sus amores.

— Ea, señor soldado...

— ¿Qué se os ofrece?

— ¿Llevariais á mal vaciar este frasco en compañía nuestra? dijo Bustamante mostrando una botella.

— Con el diablo bebiere cuando el vino es fresco y el sol muy caliente.

— A treinta pasos está la puerta, á la izquierda.

— Me bastará con esta espaldera.

— Brinca como un gamo, dijo admirado Mandola.

No bien acababa de pronunciar estas palabras el ilustre autor del *Hilo de Ariadna*, se presentó en la azotea un alto y gallardo mozo de veinte y cinco á veinte y ocho años.

No se había equivocado Mandola. El uniforme encarnado del convidado, su talabarte de acero y su espada daban á conocer claramente que era soldado.

Este personaje llevaba al brazo izquierdo un saquito de piel y empuñaba un palo flexible adornado con pomo de oro.

Cuando se hubo presentado se reveló en su semblante cierta espresion de cándida sorpresa.

— ¡Calle! dijo: desde la calle me pareció que esta casa era la posada del *Mono verde*, porque de lejos el señor se parece...

— ¿Al *Mono verde*? preguntó súbitamente Panfilio.

— A mi amigo Lucchesi... No me tomaria yo una libertad semejante.

— Querido oficial, tened la bondad de apurar esta copa, interrumpió diciendo Bustamante.

— Perdonad caballero, dijo el jóven levantando la copa, porque primeramente he de beber á la salud de los turcos. Es un voto que hice en una noche en que me cogió...

— ¿Alguna mona? preguntó Bustamante.

— La comitiva que había despachado para prenderme una sultana de tercera clase... Pero ¿á que distancia me halló de Florencia?

— A una legua corta, respondió Mandola.

— ¡Cáspita! En este caso me atreveré á pedir hospitalidad por una hora.

— Bravo, querido oficial, exclamó Panfilio, yo soy amigo de los guerreros.

— Allí va, Hazan, dijo el jóven echando en una mesa su saquito que produjo un sonido metálico.

— ¿Con que vais á Florencia?

— ¿Y ¿venis de la guerra?

— Me parece que no os habrá ido mal en la guerra, dijeron los tres florentinos formando rueda al rededor del viajero.

— ¡Pues vaya que son curiosos! dijo para sí el jóven alférez arrellanándose en un sillón. Seguramente quereis que os refiera mis aventuras; pero este es asunto de un solo frasco de ese escelente siracusa. Vamos á ver; pasemos de rondon al capítulo 17º del tomo 32º.

— Curioso debe de ser, dijo Mandola apoyándose en la mesa.

— Ahora lo vereis. Hace un año que yo tenia un amigo llamado Frascator, que hacia los títeres en el teatro Pasquarello, y que se embriagaba con frecuencia. Aquel buen amigo tenia una sobrina, ó por mejor decir, dos: una rubia con ojos de ópalo, voz almibarada y pies hechiceros y ¿qué quereis? Aquellos pies, aquellos cabellos y aquella voz decidieron de mi suerte. Logré que me presentara en casa de Frascator por un poco de espumoso champaña, y cada noche, mientras mi compañero estaba roncando debajo de la mesa, yo producía con su hermosa sobrinita los amores de Hero y Leandro.

— Confieso que yo hablaba mucho de mí, pero mi elocuencia muda hallaba siempre nuevas inspiraciones... Cierta noche ¡noche infeliz! Frascator, que acababa de ir á tomar el fresco en su desierta bodega, me suplicó que me hiciera presentar de nuevo por algunas botellitas, y á mí me pareció que había llegado el instante de pedir la mano de Hero. ¡Ah! señores; qué escena tan triste! Aquel miserable Polichinela tenia el nepotismo muy regañon, y poniéndome en la calle me significó que jamás entraría otra vez en su casa sino hacia alguna fortuna.

— ¡Pobre Leandro! dijo el sensible Mandola.

— En vano procuró interceder Zafiro por su prima y por mí, porque Frascator estuvo inflexible. Entonces yo partí para la guerra con objeto de hacer fortuna ó morir en la demanda.

— ¡Calle! seriais acaso...

— Alférez, y forrado de zequines, dijo Dominico interrumpiendo á Bustamante, gracias al buen turco que me ha dotado.

Y esto diciendo, el alférez tocó con el palo el saco depositado encima de la mesa.

— ¡Un turco! exclamaron admirados los tres compañeros.

Y Dominico continuó diciendo:

—Un día de combate llegué el último para recoger el botín, pero solo quedaba un turco viejo que vacía en la quilla de la galera... y aunque este botín no era, que digamos, muy envidiable, me ocurrió una idea luminosa. Tomé el pagano á mi servicio, y compré este hermoso bengala...

—Para hacerle saudir el polvo á la casaca? preguntó Bustamante.

—Para que sacudiera por la mañana y por la tarde un caftán en sus hombros, ejercicio que produjo resultados extraordinarios, pues á los cuatro días el maldito... ó por mejor decir, el buen infiel me ofreció estos dos mil zequines para su rescate, dos mil zequines zermahub, ó sean, mil y cuatrocientos zequines de Toscana, es decir, un dote de marquesa para mi hermosa Fiamma.

—¿Fiamma? ¡Pobre muchacho! exclamó Panfilio riéndose.

—Si yo estuviera en vuestro lugar, me restituiría al ejército sin vacilar, dijo Mandola con aire de convicción.

—¿Y por qué?

—¡Hombre! No nos pongais en la necesidad de daros una mala noticia.

—¡Hablad, hablad! ¿qué es pues lo que ocurre?

—¿Qué ocurre? dijo Bustamante con voz de aflicción; como quien no dice nada! que el pobre Frascator ya no existe.

—¡Oh! Pues sino es mas que esto, dijo Dominico jugueteando con su bengala, únicamente la taberna tendrá que lamentar su muerte.

—Antes de continuar, dijo Mandola después de haberse puesto de acuerdo por señas con sus dos compañeros, permitidme que consulte con esos señores.

—Corriente... pero os advierto que todo este misterio empieza á fastidiarme.

Bustamante y Panfilio se acercaron al poeta.

—Guapo y buen bebedor, dijo lacónicamente Mandola designando á Dominico.

—Es el hombre que nos falta.

—Por él diera la marquesa cualquier tesoro... Hablad, Mandola.

—Pues bien, dijo levantándose el amante de Fiamma.

—Pues bien, replicó Mandola en voz de tiple, ese Zafiro cuyo nombre habeis pronunciado no hace mucho, por la muerte de su tío Frascator se vé constituido en tutor de la señorita Fiamma.

—Y ¡tantas precauciones para anunciarme esta gran noticia!... ¡Su tutor! Siendo así, dentro de dos días Fiamma será mi mujer.

—Me parece que traeis los papeles mojados, se aventuró á decir Panfilio.

—¿Por qué? preguntó el alférez.

—¡Toma! Porque Zafiro está perdidamente enamorado de su prima, y es seguro que no quiere dárle á nadie.

—¿Zafiro enamorado de Fiamma! repitió Dominico ponderando cada palabra... no puede ser.

—Yo no sé si puede ser; pero si sé que es, y no falta quien asegure que la señorita no es indiferente á su pasión.

—¿Y teneis valor para espetar unas injurias tan graves contra la mujer á quien amo! exclamó Dominico furiosamente. Me parece, señores del *Mono verde*, que no estais poco atrevidos al separarme de mi camino para referirme semejantes consejas.

Los tres amantes de la marquesa comenzaron á tomar soleta.

—Entiendo, continuó diciendo Dominico, habeis querido reir á costa mía... ¡Por Santa Sofia de Constantinopla! Pronto vais á ver quien soy... En guardia, insolentes. Y vos, hombre del papagayo, marca los puntos, pero los golpes que den en falso no se cuentan.

Al ver el terrible acero que estaba ya brillando en manos del aventurero, los tres guapos echaron un desesperado campe quien pueda y se dirigieron al pabellón para refugiarse en el interior de los aposentos.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuación.)

Mas no me ha tentado el honor de entrar en la noble institucion del tshinn, fundada por Pedro el Grande. Verdad es que tambien podian pertenecer mis pretendientes á la clase media, en cuyo caso yo hubiera pasado á formar parte de una de las tres divisiones en que el emperador Nicolás ha creído deber incluir á todos los individuos de la clase media de su imperio, comerciantes, artistas, mercaderes, artesanos y siervos libertos, cuyas dos últimas categorías pueden recibir el knut, apesar de que forman parte de la clase media moscovita.

Cuento escribir á mi tío la historia de mi matrimonio frustrado, y estoy segura de que no podrá menos de divertirse, lo propio que al señor cura.

En 1º de setiembre se celebró la fiesta del emperador. La corte se trasladó pomposamente á Nuestra Señora de Cazan, y luego al convento de San Alejandro Newski, situado al extremo de la perspectiva del mismo nombre. Alejandro II iba á caballo, y no pude menos de extrañar el aspecto de tristeza que se revelaba en su noble y suave fisonomía. Es ciertamente sensible que las facciones de la bondad estén veladas por el dolor, porque el joven emperador ofrece un carácter en realidad bondadoso.

Hace un mes que se celebró la fiesta del cementerio de Esmolensco, fiesta singular en donde se prepara sobre las tumbas la mesa de los banquetes, porque nadie teme turbar el reposo de los muertos con los báquicos cantares de los brindis. El uso de aquellas fúnebres orgías estaba en otro tiempo muy generalizado, mas en la actualidad va cediendo paulatinamente al progreso del pudor público, y aunque desaparece realmente con lentitud, es indudable que concluirá por desaparecer enteramente. Fuerza es entretanto contemplar las tumbas profanadas por el choque de los vasos, de los platos y de las canciones.

Al salir del cementerio de Esmolensco entré en el cementerio extranjero, que estaba silencioso y solitario. La primera tumba que llamó mi atención es la de un francés, y su inscripción es como sigue:

A. P. — J. DOCHE,

DIRECTOR DE LA ORQUESTA DEL TEATRO FRANCES,
SUS CAMARADAS.

La piedra está superada de una columna de mármol negro, y el monumento entero es el producto de una suscripción abierta entre los artistas.

Al lado de la tumba del director de orquesta hay el sepulcro de la primera dama del teatro de San Petersburgo, madama Bras, cuyo nombre está grabado en una lápida de mármol.

El emperador Nicolás simpatizaba mucho con aquella actriz, que le recordaba las facciones de su madre, y por esto le llamaba mamá.

Un día madama Bras estaba mirando al czar con mas atencion que de costumbre, y parecia sumergida en profundas reflexiones.

—¿Por qué me mirais tan fijamente, le preguntó Nicolás? ¿En qué estais pensando?

—Señor, respondió la actriz, no sé si debo decirlo.

—Decidlo, no temais.

—Pues bien, señor: estaba considerando que V. M. tiene en alto grado el aspecto físico que cumple á su empleo.

Al otro día madama Bras recibió de parte del emperador un diamante magnífico.

Me ha referido todos estos pormenores el guarda del cementerio, que es el cicerone mas charlatan que he conocido.

Hay en este diario algunas omisiones y vacíos que deseo llenar.

Pocos días despues de haber regresado del campo, supe la causa del secreto dolor de madama Napukine. Esta señora, segun su promesa, nos refirió la siguiente historia.

Cuando estuvimos reunidas en su cuarto sus dos hijas y yo, madama Napukine tomó la palabra, y dirigiéndose á sus hijas dijo:

—Hijas mías, ha llegado la hora de revelaros un importante secreto. Vuestro padre, á quien habeis creído muerto, vive todavía.

Fedia y Prascovia lanzaron un grito de alegría.

—Y aun espero, añadió madama Napukine, que no tardaremos en verle; mas entretanto debo divulgaros las razones que he tenido para ocultaros la verdad.

—Escuchadme bien, hijas mías, y vos tambien, Maria. Hace quince años que yo me consideraba como la mas feliz de las esposas y de las madres: Fedia tenia un año; acababa de nacer Prascovia, y yo y mi marido vivíamos para nuestras hijas, lejos del bullicio del mundo y de la corte, sin pensar en otra cosa que en la satisfaccion de vivir el uno para el otro. Cuando sintió el placer de ser padre, mi marido dimitió el empleo de coronel de artillería de la guardia para encerrarse en la vida privada: la lectura y el estudio eran las únicas distracciones que tenia en la casa de campo adonde nos habíamos retirado. En un viaje que habia hecho á Francia despues de la revolucion de 1830, mi marido habia contraído relaciones con muchos hombres políticos de aquel país, de suerte que se carteara con ellos y vivíamos tranquilos y felices, sin pensar en otra cosa que en el momento de consagrarnos á la educacion de nuestras queridas hijas, cuando un día al anochecer, se presentó á la puerta de nuestro domicilio un destacamento de caballería, mandado por un capitán. Apeóse este, y habiendo colocado sus centinelas entró en nuestra casa, y preguntó á la nodriza de Prascovia, que á la sazón la tenia en brazos:

—¿El amo está en casa?

—Ha ido á cazar, respondió Nicolaiewna.

—¿Muy lejos?

—A pocas leguas de distancia: esta noche volverá.

—Entonces esperaré que vuelva.

Y esto diciendo se sentó junto á la chimenea, porque empezaba á hacer frio. Sirviósele una taza de té, que bebió mientras fumaba alternativamente en su pipa, y al fin llegó nuestro padre. Poco antes de llegar, supo por un criado la llegada de aquel destacamento de caballería, pero, lo mismo que todos los que han servido en el ejército, mi marido era muy aficionado á los militares, y yo estaba segura de que aquella visita le gustaria mucho. No dudando que deseaba que se tratara bien á los soldados y á los oficiales, hice en consecuencia mis preparativos, y en el acto mismo de llegar, mi marido se dirigió efectivamente al capitán tendiéndole la mano con mucha cordialidad, pero luego cejó algunos pasos al ver el uniforme pardo de los gendarmes del conde Orloff, porque este cuerpo está destinado á satisfacer todas las voluntades del amo, y es menos apreciado que temido.

Levantóse el capitán al ver á vuestro padre y le dijo:

—Coronel, estoy encargado de conducirlos inmediatamente á San Petersburgo: aquí está la orden. Teneis una hora de tiempo para hacer los preparativos de marcha.

—Yo quiero seguirte, dije á mi marido.

—Señora, no puede ser, pues debo conducir al coronel solo á San Petersburgo.

—Y luego, añadió nuestro padre, semejante viaje es inútil, pues no tardaré en estar de vuelta. Venga mi capa, y marchemos.

Vuestro padre mostraba mucho valor, y á mi me animaba la misma seguridad. Despues de haberos abrazado, me estrechó á mí contra su corazón, y luego se dirigió al telego que le estaba esperando á la puerta, escoltado por cuatro gendarmes.

Por la noche estaba yo tristemente sentada junto á la cuna de Prascovia que acababa de dormirse, cuando Nicolaiewna me dijo:

—El señor deberá de estar ausente largo tiempo, como que en el acto de partir ha llorado mucho.

—¿Que ha llorado? Estás soñando, Nicolaiewna.

—Al acercarse para abrazaros ha tenido tiempo de ocultarse el rostro con el pañuelo, pero yo he visto como se desprendían de sus ojos gruesas lágrimas que han bañado las mejillas de Fedia y de Prascovia.

Al oír estas palabras se apoderó de mi corazón un frío mortal, porque las lágrimas de mi marido manifestaban que la situación era mucho más grave que yo creía. Lo que acababa de decir Nicolaiewna indicaba que su calma era una mentira de que se había valido para alucinarme.

— Nicolaiewna, exclamé, que enganchen inmediatamente, porque quiero ir a San Petersburgo.

— ¡Por santa Panaggia! replicó la pobre mujer a las niñas?

— Me las llevaré también, lo mismo que a tí. Corre: haz lo que te digo.

Harto conoció Nicolaiewna que mi resolución era irrevocable y que era preciso obedecerme; pero por desgracia fué necesario reparar el coche, que se hallaba en mal estado, y no pudimos salir hasta al otro día.

Vuestro padre tenía parientes y amigos en la más alta aristocracia del imperio; yo también estaba unida por vínculos de sangre a muchos empleados superiores, y por medio de su protección obtuve inmediatamente una audiencia del conde Orloff.

Tal era ese hombre frío, altanero y de mirada triste y cruel a quien visteis en el baile del invierno pasado.

— Señor conde, le dije ¿podeis facilitarme el medio de ver a mi marido?

— Desgraciadamente es imposible, porque ayer mismo el coronel Tadeo Napukine se puso en marcha.

— ¿En donde está pues?

— Camino de Siberia.

— Quiero seguirle, quiero compartir su suerte; ninguna ley puede separar al marido de la mujer; concededme la autorización competente para reunirme con él.

— No puedo, señora: para esto es necesario dirigirse personalmente al emperador, que seguramente no negará semejante gracia, como que la concedió también a la condesa Trubetskoi.

Por medio de mis protectores obtuve el favor que solicitaba. Diríjme en busca de vuestro padre en compañía de Nicolaiewna, que no había querido abandonarme, y estábamos a pocas jornadas de distancia de la frontera de Siberia cuando me encontré con una brigada de infelices que iban con la frente rapada entre dos filas de cosacos. Entre aquellos desgraciados había uno que no pudiendo resistir a la enfermedad ni a la fatiga se dejó caer en mitad del camino, y aunque inmediatamente se apeó un cosaco para obligarle a levantarse a golpes de knut, el infortunado no hizo otra cosa que exhalar profundos gemidos hasta que concluyó por callar.

— Vamos; ya ha muerto, dijo el cosaco meneándole; sigamos la marcha.

Y el fúnebre convoy continuó la marcha abandonando el cadáver.

Cuando supe que aquellos presos marchaban a Siberia, me encaminé al jefe de la escolta mostrándole la orden que me habían entregado.

— Dentro de una hora haremos alto, me respondió dicho jefe, y entonces podreis ver si va con nosotros vuestro marido.

El convoy era muy numeroso, como que se componía de trescientos presos al menos. No es posible describir la emoción con que por la noche examiné su miserable vivaque en busca de vuestro padre, a quien afortunadamente no vi en ninguna parte. El jefe de la escolta me dijo que probablemente mi marido había sido llevado a Siberia en tibitka bajo la dirección de un feldjäger, y en efecto, al otro día, en el acto de subir un collado, vimos de lejos un tibitka que estaba parado, mientras el feldjäger estaba azotando al desgraciado postillon, sin duda por haber unido mal los caballos, porque el cochero, el feldjäger y otro individuo se hallaban a la sazón componiendo las correas del carruaje. Yo

me levanté en mi telego agitando mi papel: los caballos echaron a correr, y a los cinco minutos abracé a vuestro padre.

¡Oh! ¡pobres niñas! ¡y como os estrechó contra su pecho!

Sofocada por la emoción, la señora de Napukine no pudo contener las lágrimas: Fedia y Prascovia se echaron en sus brazos, y yo no pude tampoco contener los sollozos.

Después de un breve rato, la madre continuó diciendo:

Vuestro padre me refirió que solo había pernoctado una vez en San Petersburgo. Llegado por la mañana a esta capital, sufrió un interrogatorio el mismo día, y el siguiente le mandaron a Siberia sin que se le notificara la causa de su condena, pero juzgando por algunas palabras que había soltado el conde Orloff, creía haber comprendido que el gobierno ocupó una carta que le dirigía un polaco, su antiguo hermano de armas, que en 1832 se había refugiado en París.

— Tadeo, le dije, no quiero separarme de tí: aquí está la orden que me permite seguirte con mis dos hijas.

Abrazóme Tadeo, y luego me respondió tristemente:

— ¡Pobre Fedora! ¿Sabes acaso la historia de la condesa Trubetskoi?

— Tu me la contaste el otro día. La condesa Trubetskoi acompañó a su marido, que estaba comprometido en la conspiración de 1825, a su eterno destierro, y desde entonces ha vivido con él en las minas y en los helados desiertos de Siberia.

— ¡Oh! Esto no es nada: conozco que ignoras lo más importante. Los Trubetskoi tienen dos hijos.

— Como nosotros.

— Cuando sus hijos alcanzaron la edad de recibir alguna educación, el conde hizo solicitar el permiso de enviarlos a Tobolsk, mas el emperador contestó diciendo: «Los hijos de un presidiario son también presidiarios y no necesitan instruirse.»

— Esto te estrema, pero aun hay más. Uno de dichos hijos cayó enfermo, y en el sitio en que se hallaban, es decir, a doscientas leguas de distancia de la ciudad ¿qué socorro podía suministrarse a la inocente criatura? La condesa Trubetskoi creyó que no habiendo conspirado contra el emperador, tenía derecho como madre a enternecer a Nicolás I. Señor, le escribió, no os pido gracia por mi marido, ni por mí, ni por mis hijos: permitidme solamente que les facilite un botiquín o que se nos permita volver a las minas, porque al menos en ellas podré asistirlos.»

Un mes después el conde Trubetskoi recibió de San Petersburgo el orden de internarse con su familia a cien leguas más adentro.

Al oír estas palabras no pude contener un grito de horror.

— Confieso, Fedora mía, que hubiera aceptado tu zelo y tu sacrificio, pero ni tu ni yo tenemos el derecho de disponer de la vida de nuestras niñas. ¿Te gustaría acaso que tus hijas, hijas de un presidiario, fueran esposas y madres de otros presidiarios?

— ¡Dios mío! exclamé ocultando el rostro con las manos.

— Deja que te abraze otra vez: deja que abraze a mis hijas: díles que he muerto, pues ¿por ventura no he muerto real y verdaderamente para ellas? Solo para tí está reservado el eterno tormento de saber que acaso vivo todavía.

Y esto diciendo nos abrazó a todos tres con una fuerza desesperada. Luego hizo una señal al feldjäger y subió al tibitka, que desapareció brevemente en un torbellino de polvo.

Yo caí al suelo sin sentido, como que Nicolaiewna me creyó muerta pero sí continué viviendo, amadas hijas mías, fué porque Dios quiso conservar a vuestra madre.

Tal es el emperador Nicolás, y sin embargo me he postrado de rodillas ante su fétetro, he rezado por él, y he pedido a Dios que le perdonase; pero

no ha dejado de producir buenos frutos esta caridad.

Escuchad, hijas mías: el otro día mientras estaba atravesando el mercado del Sennaia, se me acercó un mercader de los que nos traen el té a través de Siberia, y aunque yo no quería comprarle el paquete de té que me mostraba, porque no lo necesitaba, reiteró él sus instancias y concluyó por decirme en voz baja:

— Tomadle, señora, mas no queráis abrirle hasta que esteis sola.

Habiéndome restituido a mi casa abrí el paquete, y encima vi un pedacito de papel sucio que decía: Vivo.

Juzgad de mi alegría, hijas mías, cuando sepais que acababa de reconocer la letra de vuestro padre.

Lo primero que hice fue correr al Sennaia en busca del mercader, pero este había ya desaparecido, y era de todo punto imposible hallarle.

Ya yo sé que el nuevo emperador es muy bondadoso, y aun tengo para mí que procurará inaugurar su reinado con actos de clemencia. Vuestro padre vive todavía, y me anima la esperanza de que no tardaremos en verle. Cada vez que llaman a la puerta, me parece que es él, y en el acto de acostarme digo siempre para mí: «Ya que no hoy, será mañana, porque mis presentimientos no me han engañado jamás.»

VI.

2 de setiembre. — Madama Napukine me suplicó que subiera a su cuarto, donde la hallé sentada con mucha tristeza en su canapé.

— Sentaos a mi lado, hija mía, porque tenemos que hablar de asuntos muy graves.

Cuando me hube sentado a su lado, añadió:

— Debo comunicaros una noticia que seguramente os desagradará mucho.

— ¿Habeis recibido cartas de Francia? ¿o tal vez queréis comunicarme la muerte de mi tío?

— No, hija mía: no se trata de esto.

— ¿Pues de qué?

— Pobre María, es preciso que nos separemos.

Confieso que jamás había sospechado la posibilidad de una separación semejante; y así es que exclamé diciendo:

— ¿Porqué me despedis? ¿que falta he cometido?

— No digais eso, hija mía, si no queréis aumentar mi dolor. No es ciertamente que os eche de mi casa, puesto que me obligan a ello.

— ¿Quién?

— Madama de Ermolai.

— ¡Madama de Ermolai, que siempre me ha colmado de caricias y protestas de amistad!

— Madama de Ermolai, o por mejor decir... Escuchad, María: creo que puedo contar con vos. Os acordais del baile adonde fuimos el año pasado?

Yo hice una señal afirmativa.

— Pues bien: yo fui a él en cierto modo por fuerza. Mensajera oficiosa del poder, madama de Ermolai me manifestó que mi vida retirada y oscura parecía una protesta que no podía tolerarse mucho tiempo, y que se murmuraba mucho de mí, porque no había pedido aun el permiso de presentar mis hijas a la corte. Vuestra posición, continuó la condesa, exige muchas atenciones, pues no ignorais que vivimos en un país en donde se considera la tristeza como un acto de oposición.

Desde el imprudente viaje que hicisteis a Francia, no obstante mis observaciones, se sospecha que teneis mucha inclinación al catolicismo y que anhelaís por educar secretamente a vuestras hijas en esta religión. La elección que habeis hecho de una institutora católica, cuando podiais hallarla de otra religión en Suiza, confirma al parecer estas acusaciones. Vuestras hijas pertenecen a la alta nobleza, y es muy de temer que el emperador acabe por encargarse de su tutela.

Recientemente ha venido de nuevo madama de



Vista del puente de piedra en Moscou. (Pág. 56, col. 1ª.)

Ermolai para decirme lo mismo, y ¡qué sería de mí, amada María, si el gobierno se apoderase de mis hijas! ¡Ah! Mucho me arrepiento de haberles divulgado el secreto de la existencia de su padre, pues estoy viendo que el nuevo reinado se anuncia como el anterior, y que la implacable política de los czares continuará siendo la misma. ¡Cómo ha de ser!

—Ya que es indispensable que me retire, tengo la satisfacción de daros una prueba de mi afecto partiendo inmediatamente. ¿Acaso me sería imposible restituirme á Francia?

—Sí, hija mía, porque la guerra no lo permite. Es preciso que quedeis en Rusia.

—Pero ¿qué haré en Rusia sin familia, sin amigos y sin conocidos?

—Tranquilizaos, María, porque madama de Ermolai os ha hallado una colocación como esta, en casa de la princesa Nazumoi, amiga suya, en Moscou. En esa casa podreis esperar que las circunstancias os permitan restituirlos á vuestra patria.

He ido á Moscou por el camino de hierro. El país que hemos atravesado no tiene nada de atractivo: en las cercanías de la ciudad santa de los rusos van subiendo de punto la esterilidad y la tristeza hasta que se muestran en el horizonte las cúpulas, las torres y las agujas de las quinientas iglesias de Moscou. El escenario ofreció entonces un aspecto muy diferente, y al espectador le parece contemplar una decoración del teatro de la Ópera. La distribución de las iglesias griegas es inmutable, y su arquitectura está basada sobre la gerarquía clerical: en el centro se levanta la principal torre, símbolo del patriarca, porque los otros cuatro campanarios representan al arcipreste, al presbítero, al diácono y al subdiácono; los techos están exornados con arabescos, y de una á otra aguja penden varias cadenas de metal dorado ó plateado envolviendo la iglesia entera en una red. Cuando los rayos del sol alcanzan las agujas de las quinientas iglesias de Moscou, no parece sino que se verifica una iluminación aérea por los artifices del oriente.

Mi admiración ha continuado hasta que nos hemos apeado á cierta distancia de Petrowski, que es

un palacio imperial en donde se detienen los czares antes de verificar su entrada solemne en la ciudad. En este edificio, obra de Catalina II, se ha construido un teatro y un jardín, por donde me pareció que se estaba paseando mucha gente, porque era domingo.

Lo que hasta ahora he visto en la ciudad no corresponde mucho á la alta idea que de ella me había hecho, porque las calles están muy sucias y mal empedradas, y las casas, sobre ser pequeñas, son de tablas y ladrillo. Durante mi permanencia en Moscou, me he confirmado en mi última impresión, pues solo hay en esta ciudad dos monumentos verdaderamente tales, á saber, la iglesia de San Basilio, *Vassili Blagennoi*, y el Kremlin.

La iglesia de San Basilio, con sus mil campanillas doradas, sus techos pintados de cien colores diferentes, sus paredes cubiertas por un barniz reluciente, produce el efecto de un inmenso monumento de laca que se destaca en las paredes blancas ó Kremlin y parece un juguete colosal al lado de la vetusta fortaleza moseovita, cuyos muros pudieron apenas conmover los hornillos del grande ejército.

El Kremlin, cuya construcción asciende al siglo XIV y cuyo nombre procede de la voz tártara *Krem*, que significa *piedra* ó *fortaleza*, servía antiguamente de residencia al kenez de Moscovia, y encierra el antiguo palacio de los czares, el del patriarca, el del senado, el arsenal, varios conventos, la catedral de la *Asunción*, en donde son coronados los emperadores, y la iglesia de San Miguel, en donde están sepultados los primeros czares. Yo he visitado varias veces el Kremlin, y le he examinado en todos sus aspectos, pero cada vez ha sido mas fuerte la impresión que me ha causado. Los ciclópeos muros al pié de los cuales se vieron acorralados los calmuco para estallar como el torbellino de las estepas, y las torres escalonadas como una serie de montañas sugieren la idea de una Babel guerrera del tiempo de los gigantes. Lo caprichoso se junta con lo grandioso para hacer del Kremlin un monumento único. No hay dos torres siquiera de forma semejante; la una parece un casco, la otra la cabeza de un grifo, la otra una diadema, un fru-

tero ó un florero, de suerte que el espectador, á puro de contemplar una arquitectura tan extraordinaria, concluye por considerarla en una vision confusa como una inmensa estaláctica.

El Kremlin, empezado en tiempo de Ivan III, fué concluido por Ivan IV el terrible. Su aspecto refleja en cierto modo el carácter de aquel reinado célebre y sombrío, majestuoso y trágico, que dió á Rusia el Kremlin y la Siberia.

Entre las curiosidades del Kremlin hay el tesoro, que es el museo de la historia nacional donde se ve la corona de Monomaco, la de Pedro I y de Catalina II, las parihuelas donde llevaron á Carlos XII en la batalla de Pultawa, el casco de San Alejandro Newski, el trono de los reyes de Polonia y otros muchos trofeos que no recuerdo; pero lo que mas llamó mi atención fué el brillo y el gran tamaño de los diamantes que adornan las coronas imperiales. Hay en el Kremlin una parte moderna: tal es el palacio donde se aloja el emperador durante su permanencia en Moscou. Esta adición, obra de Nicolas I, concuerda perfectamente con el carácter histórico y con la fisonomía moral, si así vale decirlo, del monumento entero. Muchas veces durante los últimos días de la buena estación (pues este año el estío se prolonga hasta el otoño), he ido á sentarme en la azotea del Kremlin y contemplar el magnífico espectáculo que se desarrollaba á mis plantas: el río que culebrea como una sierpe de plata por la llanura es el Moskova, que fué enrojecido con sangre francesa: de lo alto de las colinas que ciñen el horizonte contemplaron nuestros soldados las cúpulas de la ciudad en donde Rostopchin apresaba sus antorchas, y el monte de los Gorriones que descubro es el mismo donde se detuvieron las primeras cohortes francesas. No parece sino que la brisa que sopla por aquel lado me anuncia alguna nueva de mi país.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

LIBRERIA DE J. VERDAGUER, RAMBLA, N.º 5.

Imprenta de J. Oliveres y M.